

4 | Actualidad

CRÓNICA CHILLÁN | Miércoles 10 de diciembre de 2025

C Columna

La deuda oculta con nuestro suelo



Por Catalina Lagos.
Centro de Biotecnología de
Sistemas de
la U. Andrés Bello.

En El Día Mundial del Suelo invita a reflexionar sobre las preocupantes conclusiones del informe 2025 de la FAO sobre El Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación. Bajo el título “Abordar la degradación de las tierras en todas las escalas de tenencia”, el documento hace un llamado a considerar el impacto de la degradación del suelo causada por la producción agrícola, así como las implicancias que esto tiene para los productores de todos los tamaños y para la población mundial.

En los últimos años la discusión se ha centrado en el alza del precio de los alimentos debido a la necesidad de asegurar su inocuidad y a los efectos del cambio climático. Sin embargo, la clave para enfrentar estos desafíos está a nuestros pies.

El suelo no es simplemente tierra inerte; es un ecosistema vivo, compuesto por microorganismos, materia orgánica y minerales esenciales para la productividad agrícola y la soberanía y seguridad

alimentaria.

Parte importante de los costos ambientales ocultos que cuantifica la FAO derivan de la gestión insostenible del suelo. La erosión, la salinización y la pérdida de materia orgánica no solo reducen la capacidad de los cultivos para prosperar. También comprometen servicios ecosistémicos vitales, como la filtración de agua y el secuestro de carbono.

Durante décadas el foco se ha puesto en maximizar el rendimiento a corto plazo, a menudo mediante el uso excesivo de fertilizantes y pesticidas, que son una causa directa de la contaminación del agua y la alteración de la abundancia de microorganismos en el suelo.

Según la FAO, el 75% de los suelos de Latinoamérica están degradados, lo que origina pérdidas anuales de más de US\$60 mil millones por pérdida de productividad. Este monto equivale a más de seis años enteros de exportación frutícola chilena.

El camino hacia la transformación está en

nuestras manos. Este pasa por la adopción de prácticas que enfaticen el manejo sostenible del suelo y potencien su salud.

Fortalecer los sistemas de monitoreo y evaluación de la calidad de suelo se vuelve esencial para la toma de decisiones informadas. Determinar el contenido de materia orgánica, las propiedades físicoquímicas y abundancia de microorganismos funcionales en el suelo son prácticas esenciales para un manejo sostenible.

Al intervenir la salud del suelo se incrementa su resiliencia ante el cambio climático, se le dota de mayor capacidad de retención de agua y se reduce la necesidad de costos insumos externos, bajando así los costos de producción y potencialmente, el precio final de los alimentos.

Es tiempo de ver nuestros suelos no como una plataforma de producción ilimitada, sino como un recurso finito y vital que necesita ser gestionado con cautela.

C Columna

Construir según el clima: Chile por fin entiende su geografía



Por Mónica Budge
efe de Productos Especiales de
Vidrios Lirquén.



Por años, Chile ha tenido una forma casi uniforme de construir viviendas, como si el desierto de Arica y los bosques lluviosos de Aysén compartieran las mismas necesidades térmicas. Una especie de negación geográfica que ha terminado cobrándonos caro: casas frías en el sur, calurosas en el norte, y un derroche energético que hoy ya no podemos permitirnos.

Por eso, la nueva reglamentación térmica que entrará en vigencia este 28 de noviembre marca un punto de inflexión. No es una simple actualización técnica. Es, en realidad, un cambio cultural en la manera en que entendemos la relación entre arquitectura, territorio y calidad de vida.

El Ministerio de Vivienda y Urbanismo decidió ampliar de 7 a 9 las zonas climáticas del país para efectos de construcción. Puede parecer un ajuste menor, pero detrás de esa decisión

hay un reconocimiento profundo: Chile no es un país, es un mosaico climático. Desde el aire seco del norte hasta la humedad helada del extremo sur, cada región impone desafíos que ya no pueden resolverse con recetas genéricas.

Lo que busca esta nueva normativa es simple en el papel, pero complejo en la práctica: que cada vivienda responda a su entorno. En el norte, por ejemplo, las viviendas deberán enfrentar un escenario dual: calor extremo durante el día y temperaturas bajas en la noche. La reglamentación apunta a mejorar la aislación para retener el calor nocturno, pero también a incorporar tecnologías como vidrios con control solar y fachadas bien orientadas, que eviten la sobreexposición al sol. En el centro, donde los climas cambian de un valle a otro, la clave estará en combinar estrategias pasivas – orientación, ventilación, protección solar – con materiales más eficientes.

Y en el sur, donde el frío y la humedad son una constante, la exigencia será reforzar la envolvente térmica para evitar las pérdidas de calor y las condensaciones que tanto deterioran las viviendas.

La industria deberá adaptarse: constructoras, arquitectos, proveedores y profesionales deberán repensar materiales, capacitarse y asumir que construir bien cuesta más al principio, pero ahorra mucho más a largo plazo. No se trata solo de cumplir una exigencia, sino de entender que cada metro cuadrado mal aislado se traduce en más contaminación, más gasto energético y menos bienestar.

Chile, por fin, empieza a construir con conciencia climática. Tal vez nos ha tomado demasiado tiempo reconocer que el territorio dicta sus propias reglas, pero nunca es tarde para aprender a escucharlo. Y si este cambio logra que una familia del sur viva más abrigada sin prender estufas todo el día, o que en el norte no se necesite aire acondicionado para sobrevivir al verano, entonces habremos dado un paso –no solo técnico, sino civilizatorio– hacia una forma más sensata y digna de habitar nuestro país.

C Columna

Más arriesgado es no cambiar



Vivimos en un mundo que cambia a una velocidad que no habíamos imaginado. Cada día aparece una nueva herramienta, una nueva tendencia, una nueva forma de hacer las cosas. Frente a eso, muchas personas sienten miedo e incertidumbre. Miedo a quedarse atrás, miedo a no entender o a no saber cómo adaptarse. Y cuando el miedo se instala, lo que hace es paralizarnos. El gran desafío que tenemos hoy no es tecnológico, es de mentalidad. Necesitamos un cambio de mindset, una nueva forma de mirar la vida y el trabajo. Lo único seguro hoy es que no podemos seguir viendo

el entorno con los mismos lentes de antes, porque el mundo cambió. Y siendo así, nosotros también debemos cambiar.

Durante años nos enseñaron a pensar de manera lineal: proyectando el futuro en base al pasado, tomando siempre los escenarios basados en datos históricos y de menor riesgo. Pero esa lógica ya no sirve. Hoy no podemos planificar los próximos años con los datos de ayer. El pensamiento exponencial, ese que imagina cómo crecer diez veces, no solo un diez por ciento más, es el que nos permite innovar, crear y mantenernos vigentes. Esto no significa dejarlo todo, sino atrevernos a hacerlo dis-

tinto, a ver la incertidumbre no como una amenaza, sino como una oportunidad.

En este nuevo contexto, hay tres grandes palancas que debemos mover para mantenernos relevantes y liderar el cambio. La

primera es ser amigos de la automatización. Esto implica dejar de temerle a la tecnología y usarla como una aliada. Las herramientas digitales no vienen a reemplazarnos, sino a potenciarlos. De hecho, la herramienta

de IA puede hacerlo mejor que el humano, pero el humano que usa la tecnología le gana al computador.

Una segunda palanca es la mentalidad de aprender siempre. El aprendizaje continuo ya no es opcional. Las habilidades que nos hicieron exitosos no serán las mismas que nos llevarán al futuro. Necesitamos desarrollar nuevas competencias, desde el conocimiento hasta las sociales, fomentando el upskilling y el reskilling en nuestros equipos.

Finalmente, la tercera clave es liderar con propósito transformador. Liderar hoy significa inspirar, motivar y acompañar a otros en el cambio. Es fomentar



Por Carolina Pérez Echeverría.
CEO de Foresight Consulting y Directora de Empresas.

la experimentación, aceptar el error como parte del aprendizaje y cultivar la resiliencia.

Nada de esto depende solo de las empresas o de los gobiernos. Depende también de nosotros. De nuestra disposición a aprender, de nuestra curiosidad y de nuestra valentía para cambiar. Porque si crees que cambiar es arriesgado, más arriesgado es no cambiar.

La invitación es simple: no te preguntes qué vas a aprender este año. Pregúntate qué vas a aprender este mes.